



ISBN: 978-607-02-0409-8

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iisue.unam.mx/libros

Miguel Soto (2008)

“José Fernando Ramírez historiador y político
del México independiente”

*en Cátedras y catedráticos en la historia de las universidades
e instituciones de educación superior en México. II.*

De la ilustración al liberalismo,

María de Lourdes Alvarado, Leticia Pérez Puente (coords.),

IIUE-UNAM, México, pp. 197-208.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

José Fernando Ramírez
historiador y político del México independiente

Miguel Soto

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Hablar de José Fernando Ramírez es referirnos a uno de los historiadores más destacados de México, así como un político que sobresalió también en diversos gobiernos del periodo, sobre todo como ministro de Relaciones Exteriores de Valentín Gómez Farías y de Maximiliano. Sus intereses fueron múltiples y diversos. Perteneció a esa generación o grupo de estudiosos que abrevaron en la historia científica alemana; es decir, en la historia erudita que reconoce explícitamente sus fuentes, a la manera de Leopold von Ranke. Ese grupo señalado, en el que están con Ramírez Joaquín García Icazbalceta, Manuel Orozco y Berra y en menor medida Manuel Larrainzar, se preocupó de manera especial por el rescate de fuentes prehispánicas en el caso de algunos de sus integrantes y de textos coloniales en el de todos.

De hecho, con Ramírez estaríamos hablando de uno de los primeros nahuatlatoles que trató de organizar de manera sistemática la información de glifos y elementos del náhuatl con miras a lograr una comprensión de los conceptos de la cosmovisión prehispánica. En su caso, literalmente, por medio de un sistema de fichas y registros que nos ha sido descrito por sus alumnos, como Alfredo Chavero.¹ Sin duda, se trata de los esfuerzos de una generación por aplicar lo que en egiptología habían desarrollado Champollion y sus seguidores al estudio de las culturas mesoamericanas. Ciertamente, no estaban

1 Alfredo Chavero, "Historia antigua y de la conquista", en Vicente Riva Palacio *et al.*, *México a través de los siglos*, 10 vols., México, Cumbre, 1983, vol. I, p. vi.

errados al identificar glifos fonéticos e ideográficos mezclados en las diversas imágenes que analizaban²

Ramírez fue un sabio que no alcanzó a consolidar una gran obra, pero los múltiples estudios que realizó sentaron las bases para no pocos trabajos posteriores, en los que se palpa el sello académico de rigor metodológico. Algunos ejemplos de éstos son los estudios del referido Chavero y de Francisco del Paso y Troncoso sobre el *Códice Borbónico*, en los que de manera reiterada se citan los esfuerzos previos de Ramírez.³

Entre las obras principales por las que es conocido destacan el estudio que hizo de la *Crónica Mexicáyotl*, lo que lo llevó a una versión distinta de ésta, que lleva su nombre; *Códice Ramírez*;⁴ el rescate que hizo de Motolinía; extensos y amplios comentarios y correcciones a la traducción de *La historia de la conquista de México*, de William Prescott. Un ejemplo de los múltiples trabajos eruditos y de análisis de fuentes, consiste en un estudio del origen del escudo nacional; además de citar los primeros testimonios que se refieren a éste en sus diversas versiones, por cierto, como el *Códice Mendoza* y la *Crónica Mexicáyotl*. Aquí, entre otras cosas, demuestra su amplio conocimiento del náhuatl. También refiere los esfuerzos fallidos de Juan de Palafox y Mendoza en el siglo xvii por eliminar todo vestigio de la imagen del águila sobre el nopal, por tratarse de un remanente de las antiguas creencias, así como después los afanes de recuperación cuando se acuñaron las monedas con motivo de las co-

2 Carol Andrews, *The Rosetta Stone*, Londres, British Museum Press, 1997, p. 17; Miguel León Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, FCE, 1961, pp. 61-65.

3 Recientemente Ernesto de la Torre Villar ha publicado en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM cinco volúmenes de las *Obras históricas* de José Fernando Ramírez, divididos de la siguiente manera: *Época prehispánica*, v. I (2001); *Época colonial*, v. II (2001); *Época moderna*, v. III; *Bibliografía y biografía*, v. IV (2002), y *Miscelánea*, v. V (2003). En lo sucesivo, cuando la información provenga de esta antología nos limitaremos a citar el número de volumen y la página correspondiente. Ciertamente, esta antología comprehensiva del erudito historiador ha resultado fundamental para la elaboración del presente texto. Sobre la obra citada, véase Francisco del Paso y Troncoso, *Descripción, historia y exposición del Códice Borbónico*, 3a. edición facsimilar, con un comentario explicativo de E. T. Hamy, México, Siglo Veintiuno Editores, 1981..

4 León Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, FCE, 1961, p. 73.

ronaciones de Fernando VI y Carlos III.⁵ También tiene unas amplias y útiles “Adiciones” a la *Biblioteca...* de Beristáin.⁶

En sus obras hay una gran diferencia, si no es que un avance notable, entre las visiones prehispánicas de su grupo y los afanes previos de Servando Teresa de Mier y Carlos María de Bustamante.⁷ Revisar las *Obras históricas* de José Fernando Ramírez es adentrarse en un curso de historiografía del momento del contacto entre los grupos mesoamericanos y los españoles, así como de las narraciones coloniales.

Como se dijo, uno de los trabajos más importantes que realizó fue el estudio biográfico de Motolinía. A la par que aborda la imagen “roída y triste” de los franciscanos a su llegada a la Nueva España y el enorme impacto que eso tuvo entre los indios, y que dio el nombre a fray Toribio de Benavente, como no podía ser de otra manera al tratar la personalidad de Motolinía, tiene que lidiar con la principal controversia que enfrentó con ese otro “héroe de la caridad cristiana” que fue fray Bartolomé de Las Casas.

El origen de las disputas entre ambos frailes fue mucho más que algo personal; se trataba en realidad de una visión distinta de sus órdenes religiosas —la franciscana y la dominica— sobre el otorgamiento de los sacramentos a los indios. Además de ello, sí hubo motivos estrictamente personales de resentimiento por parte de Motolinía: el peso específico —que no fue poco— que Las Casas tuvo ante el rey Carlos V y ante el virrey Mendoza. Por otra parte, la visión que cada uno de ellos se forjó del conquistador Hernán Cortés fue muy distinta. Difícilmente se podría pensar que se refirieran a la misma persona. Mientras que para el dominico se trataba del principal instigador de las matanzas y masacres de indios, para el

5 “Armas de México”, en “Instituciones”, en *Obras históricas*, José Fernández Ramírez, vol. IV, pp. 478-88

6 En “Armas de México”, en “Instituciones”, en *Obras históricas*, José Fernández Ramírez, vol. IV, p. 31-270.

7 Al respecto véase nuestro estudio “Los historiadores del México independiente”, en Miguel Soto y Samantha Álvarez Macotella, *Cómo acercarse a la historia*, México, CONACULTA, 1998.

franciscano el capitán era el primer católico devoto e interesado en la salvación de los indígenas.⁸

Un estudio que muestra a Ramírez con claridad en su dimensión de historiógrafo acabado es “Notas y esclarecimiento” a la *Historia de la Conquista de México* de William Prescott.⁹ El duranguense destaca tres problemas fundamentales en la obra del historiador estadounidense: rechazo y menosprecio por los grupos indígenas, a los que califica de *bárbaros, salvajes*, lo cual contrasta, por otra parte, con una admiración excesiva hacia Cortés, que si bien reduce los elogios que le dedicara Antonio de Solís, aún persisten y le impiden a Prescott aplicar la crítica meticulosa que despliega en múltiples cuestiones a lo largo de su obra, pero no a situaciones clave de la actuación del capitán extremeño; a saber: la matanza de Cholula, la destrucción de sus barcos, la prisión y tortura de Cuauhtémoc, el impacto que tuvo la leyenda de Quetzacoatl entre los mexicas para facilitar la empresa del conquistador, entre otras.

Aunque Ramírez asienta que tal vez le sea indispensable a un descendiente de conquistadores y conquistados presentar una “obra filosófica” que dé cuenta “con justicia” de la actuación de una y otra parte, considera, por lo pronto, que ha estado reservado a “dos Guillemos” —William Robertson y el propio Prescott— revalorar las culturas americanas, así como su trascendencia. Contribuciones que él agradece y que vislumbra como una forma de compensar mínimamente “los crueles agravios [...] y los imponderables males, que para eterna desgracia de... [las] razas [anglosajona e hispanoamericana] desbordaban sobre la nuestra sus injustos y despiadados

8 José Fernández Ramírez, “Vida de Fray Toribio de Motolinía”, en *Obras históricas...*, vol. II, pp. 32-33.

9 William H. Prescott, *Historia de la conquista de México. Con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la vida del conquistador Hernán Cortés*, traducida por José María González de la Vega, anotada por Lucas Alamán y con notas críticas y esclarecimientos de José Fernando Ramírez, Prólogo, notas y apéndices de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1970 (sepan cuantos) (primera edición en español, 1844); a raíz de esta publicación en español con las anotaciones de Alamán y Ramírez, Prescott, elaboró una nueva edición, corregida y aumentada, a la que le añadió la leyenda *New and revised edition, with the author’s latest corrections and additions*, Londres, George Routledge and Sons [1847?]. Las “Notas y esclarecimiento” de Ramírez se recogen, en una versión abreviada, en el volumen II de sus *Obras históricas*, pp. 223-39.

compatriotas”.¹⁰ En efecto, conviene recordar que estas notas las culminó el erudito mexicano en octubre de 1846, en plena invasión norteamericana.

Hay, pues, en Ramírez una clara defensa de los grupos mesoamericanos ante la llegada de los españoles, y aunque no niega la importancia de ese “hombre extraordinario” que fue Cortés, su gusto por las culturas aborígenes aflora cuando describe las *Antigüedades de México*, de Lord Kingsborough, como “la producción tipográfica más espléndida desde Gutemberg”.¹¹ Por cierto que para el desarrollo de los estudios prehispánicos eso fue lo que significó la colección señera del noble inglés, una verdadera *Biblia*. Aquí, apunta también un motivo de simpatía que, con los años, tendría Ramírez por otro entusiasta europeo de las culturas indígenas: Maximiliano.

¿Quién fue José Fernando Ramírez? El que llegaría a ser destacado historiador nació en Parral, Chihuahua, en 1804, pero creció y estudió para abogado en Durango y obtuvo su título profesional en Zacatecas en 1832. Al año siguiente se incorporó al congreso radical que iba a intentar la primera reforma de 33, en realidad continuando la política del regalismo borbónico, más que siguiendo influencias estadounidenses o de otras naciones.¹²

En 1842, Ramírez resultó electo al congreso federalista, que fue clausurado por una asonada militar en octubre de ese año. Ahí tuvo un primer enfrentamiento con otro federalista y liberal moderado muy importante, Mariano Otero. Dos años después, en 1844, le escribió una importante carta al presidente Santa Anna, con la que inicia su colección de *México durante su guerra con los Estados Unidos*, a la cual se hará referencia más adelante.

En 1846, año del inicio de la guerra con Estados Unidos, aunque varias veces se mencionó su nombre como posible candidato para la gubernatura de Durango, en realidad durante varias semanas, entre

10 José Fernández Ramírez, *Obras históricas...*, vol. II, p. 230.

11 José Fernández Ramírez, *Obras históricas...*, vol. II, p. 229.

12 Además de la “Introducción” de Ernesto de la Torre Villar al volumen I de las *Obras históricas...*, véase las “Noticias biográficas” en Ileana Beatriz Jiménez Herrera, “Un desafío diplomático; José Fernando Ramírez y la *Memoria Instructiva*”, Tesis de licenciatura en historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2003, pp. 14-26.

diciembre de ese año y enero siguiente se desempeñó como ministro de Relaciones Exteriores con el vicepresidente Valentín Gómez Farías, y en tales funciones le tocó firmar los decretos de nacionalización de bienes eclesiásticos.¹³ Si bien estuvo consciente de que el triunfo de las propuestas radicales implicaba algo semejante a lo que los antiguos mexicanos habían descrito en la Tira de la Peregrinación, “una amplia franja de sangre”, fue a raíz de la acérrima oposición que enfrentó en el Congreso, de manera específica por parte de Mariano Otero, que Ramírez renunció y se dedicó a describir la debacle de la guerra.¹⁴

En todo caso, nos interesa destacar aquí las dos obras que dejó como testimonio de su participación en dos eventos cruciales del México independiente: la invasión estadounidense y la Intervención francesa, aunque en ambos casos le tocó padecer situaciones críticas, la enorme sensibilidad de Ramírez ofrece elementos de primer orden para entender no sólo su propia participación, sino el desarrollo de los eventos mismos. Su colección de cartas sobre la guerra con Estados Unidos representa uno de los testimonios más lúcidos, a la par que dramáticos, de la profunda división que padeció la sociedad mexicana al momento de la invasión estadounidense. En efecto, la ignominia que representó la toma de la capital del país por 8 000 soldados al mando de Scott, en medio de la impotencia y, sobre todo, los profundos antagonismos de los mexicanos afloran de manera continua a lo largo de su testimonio.

13 El decreto se expidió el 11 de enero y, con él, el gobierno podría reunir hasta diez millones de pesos por medio de la hipoteca o venta de bienes eclesiásticos; Pedro Santoni, *Mexicans at arms. Pure federalists and the politics of war, 1845-1848*, Forth Worth, Texas Christian University, 1996, p. 173.

14 Esta imagen del México prehispánico que Ramírez usa para ilustrar la situación política de México al momento de la invasión estadounidense es uno de los muchos pasajes que Enrique de Olavaria y Ferrari utiliza en su obra sobre el México independiente en *México a través de los siglos*, que coordinó Vicente Riva Palacio, sin citar su origen. A diferencia de otros autores a quienes usa constantemente en su narración del conflicto con Estados Unidos, como Manuel Balbontín, Roswell S. Ripley y otro simpatizante del gobierno monárquico que fue José María Roa Bárcena, a quienes sí reconoce. Tal vez pesó en el ánimo del historiador hispano-radical, el hecho de que el texto de Ramírez —que él poseía— estaba aún inédito y el autor había ya fallecido en el exilio; Olavarría, “México independiente”, en Vicente Riva Palacio *et al.*, *México a través de los siglos*, 10 vols., México, Cumbre, 1983, vol. VIII, pp. 116, 260.

De entrada, conviene destacar que el documento que inicia la colección de cartas de Ramírez está dirigido nada menos que a Antonio López de Santa Anna; por cierto que aparece con una fecha de junio de 1846, cuando el jalapeño se hallaba en el exilio. En realidad, el documento corresponde a junio de 1844, cuando el milite veracruzano se desempeñaba como presidente de la República. En todo caso, en ese documento Ramírez le hace ver al Ejecutivo la incapacidad de México para enfrentar a Estados Unidos en una guerra; por lo que, claramente, su recomendación era la de entablar una negociación diplomática sobre la pérdida de Texas, cuanto antes, a fin de evitar males mayores.¹⁵

Poco más de dos años después, ya al fragor de la batalla, Ramírez señalaba con precisión la incapacidad política de los grupos mexicanos para *negociar* ese problema: “La guerra de Texas que ha sido el pretexto de las pasadas revoluciones y despilfarros, hoy es un arma que cada uno de los partidos beligerantes quiere poseer para herir a su adversario en la última extremidad. La perderá el primero que hable de paz y por esa razón ninguno quiere pronunciar la fatídica palabra”.¹⁶

Por todo ello, ante el estallido de la guerra Ramírez padece particularmente el desarrollo de ésta. De hecho, como se dijo, fungió como ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Valentín Gómez Farías, mientras Santa Anna se encargaba de dirigir al Ejército en los preparativos de lo que sería la batalla de la Angostura. Debido a los enfrentamientos con el Congreso, Ramírez renunció al Ministerio y, en las semanas que siguieron a la disputa entre Ejecutivo y Legislativo, culminó con la rebelión de los Polkos, lo cual representó la puntilla para alguien como Ramírez.

Ante la cadena de derrotas que significó la guerra para las tropas mexicanas, la ocupación de la capital del país a manos del ejército invasor y, finalmente, la pérdida de los territorios septentrionales, Ramírez explota: “Todo, todo lo hemos perdido, menos el honor.

15 III, p. 19-27.

16 III, p. 129.

Pues éste hace mucho que nos dejó¹⁷ [...] Lo triste es que el castigo sea merecido”.¹⁸ Pero, ¿qué se puede hacer con una sociedad que sólo responde al chasquido del látigo? “Ese pueblo nuestro es un hato de borregos que debe manejarse con el látigo y que sólo es apto para conservar el imperio de cuatro ambiciosos e ignorantes demagogos”.¹⁹ Sin embargo, Ramírez se arrepiente muy rápido y lo absuelve. Dice del pueblo mexicano que

Es más digno de compasión que de censura, pues a nadie se puede exigir que haga lo que no se le ha enseñado, ni que sea, lo que le es absolutamente imposible ser [...] Nosotros carecemos de [las costumbres que infunden el trabajo y la industria, como en Estados Unidos] [...] en cambio tenemos el pueblo más humilde y dócil de la Tierra, el pueblo de menos necesidades físicas y morales, en fin el pueblo más dócil de gobernar. Mientras las instituciones no se adapten a su carácter y a la constitución moral [...] hemos de evitar la anarquía de las medias luces y el despotismo de los soldados hasta que la Europa hostigada de nuestros vaivenes nos imponga el yugo de un monarca extranjero.²⁰

Con todos estos juicios, lo que aflora es una urgencia terrible de ayuda para sacar adelante al país frente a las amenazas que tiene enfrente, pues no era claro si el apetito expansionista de Estados Unidos se había saciado con lo que se llevaron en el Tratado de Guadalupe Hidalgo, o si vendrían muy rápido por más; como, en efecto, sucedió con el istmo de Tehuantepec y que al propio Ramírez le tocó defender en los años que siguieron, pero, sobre todo, vigencia de ayuda ante la profunda división que persistía entre las regiones y sectores del país y que no permitían vislumbrar siquiera cómo se podía mantenerlo unido. Este conjunto de circunstancias tan complejas ayuda a entender la posición de Ramírez y de un número importante

17 III, p. 160.

18 III, p. 170.

19 III, p. 48.

20 III, p. 55-56.

de académicos y políticos de primera línea que colaboraron con el imperio de Maximiliano.

Tras la guerra con el vecino del Norte, Ramírez se desempeñó nuevamente como ministro de Relaciones Exteriores; en esta ocasión, con el presidente Mariano Arista. Ahí defendió a Tehuantepec de los embates estadounidenses. Para ello elaboró una *Memorias...* impresionantes con las que trataba de demostrar los derechos de México para salvaguardar esa zona estratégica.²¹

A raíz de la caída de esa administración, el académico duranguense salió al exilio debido a sus diferencias con el último gobierno de Antonio López de Santa Anna, convertido entonces en Su Alteza Serenísima. Regresó durante la gestión de Ignacio Comonfort y se desempeñó como director del Museo Nacional y de la Biblioteca Nacional en ciernes. En ese carácter, se hizo de una nueva biblioteca particular, y al igual que otros académicos-políticos liberales, integró en ella materiales provenientes de los conventos.²²

Justo en los últimos meses que antecedieron al estallido de la Intervención francesa Ramírez fue electo como rector del Colegio de Abogados de México que, además de reunir a lo más granado de los litigantes en México, se encargaba de asesorar a los gobiernos sobre cualquier consulta jurídica, así como de examinar a quienes pretendieran ejercer la abogacía en la capital y el resto del país. El sistema de funcionamiento era muy apegado al del Congreso general, seguramente para desgano de Ramírez, pues la imagen que había llegado a hacerse de los cuerpos representativos no era la mejor.²³

21 *Memorias, negociaciones y documentos para servir a la historia de las diferencias que [se] han suscitado entre México y los Estados Unidos, los tenedores del antiguo privilegio, concedido para la comunicación de los mares Atlántico y Pacífico por el Istmo de Tehuantepec*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1853.

22 IV, p. 19; también véase María Luisa Fernanda Rico Mansard, "Los museos de la Ciudad de México. Su organización y función educativa (1790-1910)", tesis de doctorado en historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2000..

23 Estatutos del Nacional Colegio de Abogados de México y de la Academia de Jurisprudencia. Barra Mexicana de Abogados, México, Imprenta de M. Murguía, Portal del Águila de Oro, 1863. Sobre la adopción del Reglamento del Congreso en el funcionamiento de la institución, véase la versión anterior de los Estatutos del Nacional Colegio de Abogados de México. Reformados en el año de 1828, octavo de la independencia nacional, séptimo de la libertad, y quinto de la República, México, 1830, Imprenta del Águila, dirigida por José Ximeno, calle de Medinas

Finalmente, ante el estallido de la guerra con Francia y la Intervención, que restableció un gobierno monárquico, varios de los académicos mexicanos que colaboraron con ese nuevo orden, si bien coincidieron con los planteamientos o enfoques franceses para resolver diversos los problemas nacionales —como la división territorial—, ellos mismos lamentaron las actitudes petulantes y soberbias de ciertos académicos o funcionarios galos que llegaban a México y pretendían ignorar el trabajo de los mexicanos, y empezar desde cero, como si no se hubiera hecho nada. Esto lastimó profundamente la sensibilidad de muchos mexicanos.²⁴ Ramírez fue uno de ellos.

Aspectos relevantes de sus *Memorias para escribir la historia del segundo imperio mexicano*, que elabora tras haberse desempeñado como ministro de Relaciones Exteriores son, por ejemplo:

- Su grado de conciencia de múltiples problemas del gobierno imperial. Incluso antes del establecimiento de éste, y desde la guerra de Reforma, como no podía ser de otra forma para alguien que combatió al gobierno liberal de Juárez, Ramírez destaca la participación estadounidense en ese conflicto previo; más específicamente, refiere el incidente de Antón Lizardo con motivo de la alianza militar establecida en el Tratado McLane-Ocampo que, a pesar de no haberse ratificado por el Senado estadounidense, *de hecho* entró en vigor, y barcos estadounidenses coadyuvaron a la salvación del régimen juarista en el sitio que padeció en Veracruz.²⁵
- La excesiva dependencia del imperio del apoyo francés. Efectivamente, asienta Ramírez, hizo falta un gobierno independiente de Francia que pudiera valerse, más allá de las vacilaciones, no

núm. 6. [Tiene un sello rojo que dice: Biblioteca Privada del Lic. I. Sánchez Gavito], artículos 8, 10 y 26, p. 22-26. Tal funcionamiento fue mantenido, al igual que casi toda la estructura, en la segunda versión de los mismos.

24 Laura Pérez Rosales, "Manuel Orozco y Berra", en Antonia Pi-Suñer (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, en Juan Antonio Ortega y Medina y Rosa Camelo (coords), *Historiografía Mexicana*, 4 vols., México, UNAM, 1996, vol. IV, p. 363.

25 III, p. 216.

de Maximiliano, como se ha repetido continuamente, sino del propio Napoleón III.²⁶

- El papel de Estados Unidos, sobre todo después del fin de la Guerra Civil, y la pusilanimidad del emperador galo ante la actitud decidida del vecino del Norte. Así, describe las “fanfarronadas” francesas que pretendían disimular su temor ante la Unión Americana.²⁷
- El frentazo que se llevaron los conservadores mexicanos no fue sólo con Maximiliano y los franceses: ya con los oficiales españoles encontraron a varios “comecuras” que sólo les anunciaron lo que les esperaba.²⁸
- Destaca muy bien la rivalidad del mariscal Aquilles Bazaine con sus propios generales.²⁹
- Reconoce que se promulgaron algunos decretos “precipitados”.³⁰

Éstos son sólo algunos ejemplos de la muy variada información que Ramírez presenta respecto al funcionamiento del gobierno imperial y sus antecedentes. Ahora bien, sólo describe una escena de convivencia cercana con el emperador, pero que resulta más que suficiente para percatarse de la estrecha identificación que hubo entre ambos, así como una simpatía recíproca.³¹ ¿Qué fue lo que encontró este sensible académico mexicano en el joven monarca? Ciertamente no el “yugo” que había temido unos años antes. Más bien conoció a un joven políglota, que hablaba austriaco, italiano, húngaro, serbio-croata, inglés, francés y, desde luego, español, además de latín. Pero que, además, había sido educado para gobernar un imperio de 39 millones de habitantes, compuesto por múltiples nacionalidades y muy diversas culturas. Por si todo esto fuera poco, el emperador

26 III, p. 384.

27 III, p. 381, 385.

28 III, p. 414.

29 III, p. 498.

30 III, p. 547.

31 III, p. 570-71.

compartía muchos de sus intereses académicos e históricos.³² Así fue que, para gran sorpresa de Maximiliano, el nahuatlato mexicano vio por primera vez Teotihuacan en compañía suya. Una vez que renunció al Ministerio, Ramírez acompañó también a Carlota en su viaje a Yucatán; es decir, que para el académico la experiencia del imperio funcionó en realidad como un proceso de reconocimiento de su propio país.³³

Esta dimensión de la relación académico-política entre Maximiliano y Ramírez nos ha resultado particularmente reveladora, y por eso nos disponemos a estudiar más cabalmente al monarca de la casa de Habsburgo. Creemos que saber más de su participación en el imperio ayudará a ubicar mejor y en una dimensión más justa tanto al historiador, a quien Enrique de Olavarría y Ferrari glosa y copia abundantemente, *sin* reconocerlo, o bien al “exponente del partido rojo”, como lo califica Mariano Cuevas. Se espera que tal esfuerzo redunde en una comprensión más amplia del modelo de país en el que otros estudiosos cercanos a él fincaron sus esperanzas durante la séptima década del siglo XIX mexicano,³⁴ así como en el esclarecimiento de la relación, siempre compleja, entre academia y política.

32 Sobre el carácter complejo del imperio austro-húngaro, véase Joan Haslip, *The Crown of Mexico. Maximilian and His Empress Carlota*, Nueva York, Chicago, San Francisco, Holt, Rinehart and Winston, 1971, pp. 29-34, y respecto a la relación de Ramírez con el emperador la p. 405.

33 Joan Haslip, *The Crown of México. Maximilian and His Empress Carlota*, Nueva York, Chicago, San Francisco, Holt, Rinehart and Winston, 1971, p. 310 y 339; Ramírez, “Viaje a Yucatán en 1865”, en *Obras históricas...*, vol. III, pp. 593-652.

34 Olavarría y Ferrari, “México independiente”, en Vicente Riva Palacio et al., *México a través de los siglos*, 10 vols., México, Cumbre, 1983, vol. VIII; como se dijo en su momento, una de las imágenes que el autor hispano toma de Ramírez *sin* citarlo, es el de la Tira de la Peregrinación (véase p. 4); pero otras escenas, particularmente caras al erudito duranguense, como el significado de la pérdida de Texas en la conciencia política mexicana o la visión apocalíptica del Congreso Nacional en 1847, son presentadas por Olavarría como si fueran suyas; Olavarría y Ferrari, “México independiente”, en Vicente Riva Palacio et al., *México a través de los siglos*, 10 vols., México, Cumbre, 1983, vol. VIII, pp. 221 y 205; Mariano Cuevas, *Historia de la Nación Mexicana...*, citado en Josefina Z. Vázquez, *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47* (Sepsetentas 19), México, SEP, 1972, p. 218.